II Trimestre de 2008
Libro Complementario

La gloria de Jesús
Todavía toca los corazones

Roy Adams

Capítulo 8

La ternura de su amor

Estaba yo sentado en mi estudio, mirando por la ventana a un cardenal, de plumaje rojo brillante, contra el monótono color café de tres ramas que apenas estaban recuperándose del frío invierno. Era una mañana en que, por alguna razón, ansiosos pensamientos habían invadido mi mente. Y allí estaba aquel pájaro, recordándome que el mismo Dios que cuidaba de él y que lo había vestido tan elegantemente, también cuidaba de mí.

A la mañana siguiente el cardenal volvió de nuevo. Pero antes que lo notara, vi a otra criatura plumífera, no identificada, pequeña y casi totalmente camuflada entre las ramas color castaño rojizo. Y el pensamiento de la mañana anterior volvió a mi mente: el inimaginable amor de Dios. Pensé en cuan pequeño se veía aquel cardenal a través de mi ventana, a no más de quince metros de distancia; y cuan infinitesimalmente pequeño (de hecho, cuan totalmente invisible) sería si yo estuviera volando en un jet a diez mil metros de altura. Luego imaginé cuan increíblemente más difícil sería ver a la otra ave, ¡la de color café! Sin embargo, Dios las ve a las dos, a través de los incontables años luz del espacio. *¡Ciertamente Dios se preocupa por nosotros!*

En Jesús encontramos a alguien que ama de ese modo, que se preocupa personalmente por nosotros. Cuando habló a un grupo de personas sencillas en la falda de una colina en Galilea pronunció palabras que su vida entre ellos pronto pondría en práctica: "Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros mucho más que ellas?" (Mateo 6:26).

Los Evangelios están llenos de ilustraciones del tierno amor de Jesús. En lo que sigue solo tengo espacio para unas cuantas.

Amor por una mujer acorralada

La historia se encuentra en Juan 8:1-11. La mujer había sido acorralada, atrapada en adulterio, en el mismo acto, dijeron los hombres justos que la habían arrastrado hasta la presencia de Jesús. Y ellos conocían a Moisés muy bien. El gran profeta del Sinaí había dicho que tales ofensoras debían ser apedreadas públicamente. ¿Cuál es *tu* veredicto?

Jesús podría haberse disculpado y haberse negado a intervenir. Después de todo, no era parte del sistema legal. No estaba investido con poderes judiciales que podrían ser reconocidos en cualquier tribunal de justicia de Judea. ¿Por qué habían acudido a él? Jesús habría actuado en forma completamente apropiada si se hubiera negado a intervenir.

Pero no lo hizo. Porque, encogida de miedo delante de él estaba aquella pobre mujer, con la pesadilla de la muerte ocupando cada uno de los rincones de su mente torturada. Su corazón palpitaba rápidamente, su pulso se aceleraba, las lágrimas de vergüenza fluían abundantes por su rostro macilento, esperando que las piedras comenzaran a batir su frágil cuerpo en cualquier instante. Entonces, horror de horrores, escucha de los labios de Jesús la que podía ser su sentencia de muerte: "El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la primera piedra sobre ella" (versículo 7). Como consideraba a sus acusadores como intachables hacedores de la ley, y sin defectos, ella esperaba que las palabras de Jesús sellaran su sentencia y enviaran una lluvia de piedras sobre ella en el acto.

Ella se abraza a sí misma, esconde la cara con sus manos (así me la imagino), y el nivel de su ansiedad se eleva al máximo. Los momentos pasan. Nada. Silencio. Atreviéndose, finalmente, a levantar la cara, se encuentra a solas con Jesús. ¿Dónde están tus acusadores? Le pregunta Jesús, gentilmente. ¿Ninguno te ha condenado? "Ninguno, Señor", dice ella. "Ni yo te condeno", le dijo Jesús, "vete y no peques más" (versículo 10, 11).

Ella no salta, quizá considerando que sería una reacción inapropiada para la ocasión; no grita, porque aquello sería impensable en su cultura. Más bien, se aleja quietamente, con su corazón explotando de gozo, con las lágrimas fluyendo abundantes por sus mejillas; solo que ahora son lágrimas de gozo; cada paso es como una nota de alegría por su nueva esperanza. Ella puede vivir de nuevo, se ha encontrado cara a cara con el amor personificado: el más tierno amor que nunca pensó que existiera.

"Levantaos e id a vuestro Padre. Él os saldrá al encuentro muy lejos. Si dais, arrepentidos, un solo paso hacia él, se apresurará a rodearos con sus brazos de amor infinito. Su oído está abierto al clamor del alma contrita. Él conoce el primer esfuerzo del corazón para llegar a él. Nunca se ofrece una oración, aun balbuceada, nunca se derrama una lágrima, aun en secreto, nunca se acaricia un deseo sincero, por débil que sea, de llegar a Dios, sin que el Espíritu de Dios vaya a su encuentro. Aun antes de que la oración sea pronunciada, o el anhelo del corazón sea dado a conocer, la gracia de Cristo sale al encuentro de la gracia que está obrando en el alma humana". [1]

Amor por un renegado fanfarrón

Jesús sentía un tierno amor por cada uno de sus discípulos (Juan 13:1). En medio de todas las tensiones y confusión de la noche de su entrega en Getsemaní, seguía preocupado por ellos. "Pues si me buscáis a mí", dijo a los que estaban ansiosos de arrestarlo, "dejad ir a estos" (Juan 18:8).

La forma como trató a Pedro dice mucho, y expresa su amor por todos los demás. El fanfarrón discípulo le había prometido a Jesús su incondicional apoyo aquella misma noche de su arresto. Aunque todos los demás te abandonen, le había dicho a Jesús, yo nunca te abandonaré (véase Mateo 26:31-36). Pero a medida que pasaban las horas de la noche se acobardó ante las miradas acusadoras de simples servidores y espectadores, y negó, con el más fuerte lenguaje que pudo utilizar, haber visto jamás a un tipo llamado Jesús. Cuando por tercera vez trataron de prenderlo, invocó maldiciones sobre él, jurando: "No conozco al hombre" (Mateo 26:69-74).

En ese preciso momento un gallo cantó y, de acuerdo con Lucas, "vuelto el Señor, miró a Pedro". "Entonces", dice el pasaje, "Pedro se acordó de la palabra del Señor" [...]. Y saliendo fuera, lloró amargamente" (Lucas 22:60-62).

¿Qué mensaje le transmitió aquella mirada de Jesús a su renegado discípulo? Aquí consigno esta perspicaz declaración de un clásico de la vida de Jesús: "Mientras los juramentos envilecedores estaban todavía en los labios de Pedro y el agudo canto del gallo repercutía en sus oídos, el Salvador se desvió de sus ceñudos jueces y miró de lleno a su pobre discípulo. Al mismo tiempo, los ojos de Pedro fueron atraídos hacia su Maestro. En aquel amable semblante, leyó profunda compasión y pesar, pero no había ira". [2]

---

[1] Elena G. de White, *Palabras de vida del gran Maestro*, p. 162.
[2] Elena G. de White, *El Deseado de todas las gentes*, p. 659

¡Extraordinario! Jesús había dado a Pedro todas las ventajas, todos los privilegios, haciéndolo parte de su círculo íntimo, por así decirlo. Pedro debería haber sabido mejor lo que le ocurría a su Maestro, y debería haber actuado mejor. Jesús tenía toda la razón para sentirse profundamente chasqueado, y, ciertamente, lo estaba. Pero cuando sus ojos se encontraron aquella noche en la sala del juicio, Pedro no vio ira en el rostro de Jesús, ninguna señal de represalia o venganza.

Dijo Elena G. de White: "Al ver ese rostro pálido y doliente, esos labios temblorosos, esa mirada de compasión y perdón, su corazón fue atravesado como por una flecha. Su conciencia despertó [...]. Una oleada de recuerdos lo abrumó. La tierna misericordia del Salvador, su bondad y longanimidad, su amabilidad y paciencia para con sus discípulos tan llenos de yerros, lo recordó todo [...]. Reflexionó con horror en su propia ingratitud, su falsedad, su perjurio. Una vez más miró a su Maestro, y vio una mano sacrílega que le hería en el rostro. No pudiendo soportar ya más la escena, salió corriendo de la sala con el corazón quebrantado [...]. Por fin se encontró en el Getsemaní [...]. En el mismo lugar donde Jesús había derramado su alma agonizante ante su Padre, cayó Pedro sobre su rostro y deseó morir". [3]

No son el fuego y el azufre los métodos más convincentes para inducir a la gente al arrepentimiento; no es la reprensión, la vergüenza ni la intimidación. Es, más bien, el amor, el amor puro y transparente, el tierno amor de Jesús. Fue lo que Pedro vio aquella noche en los ojos de Jesús. Fue lo que sintió en aquellos momentos críticos. Fue el amor de Jesús el que quebrantó su corazón. Y eso será lo que quebrante el nuestro, también. Puede ocurrir en una reunión religiosa; en una dase de física; mientras se dirige al trabajo; mientras usted lee la Biblia; y puede ocurrir mientras está en su estudio mirando por la ventana a dos cardenales. Su tierno amor no conoce barreras ni límites. Nos habla, no importa donde estemos; nos alcanza, no importa donde vayamos.

"¡Oh amor de Dios! Tu inmensidad,
el hombre no podrá contar,
ni comprender la gran verdad
que Dios al hombre pudo amar.
Cuando el pecar entró al hogar
de Adán y Eva en Edén,
Dios los sacó, mas prometió
un Salvador también.
¡Oh amor de Dios! Brotando estás,

[3] *Ibíd.*, pp. 659, 660.

inmensurable, eternal,
por las edades durarás inagotable raudal". [4]

Por una mujer afligida de otra raza

Podemos ver la ternura del amor de Jesús en la forma como trató a las personas cuyas vidas tocó a lo largo del camino, sin importarle su raza ni su origen étnico. La mujer de Samaría, por ejemplo (Juan 4:4-26). Ignorando todas las restricciones sociales tomó tiempo para reconocerla por lo que era: un ser humano creado a la imagen de Dios. Le dedicó su tiempo, dejándola asombrada e, incluso, le pidió un favor. Su amor puro por ella logró romper el hielo de los prejuicios; todo lo que veía ante sí era un alma preciosa, desesperadamente necesitada de la gracia que él había venido a traer al mundo. "Si conocieras el don de Dios", le dijo, mientras su corazón se deshacía de gracia espiritual, "y quién es el que te dice: Dame de beber; tú le pedirías, y él te daría agua viva" (Juan 4:10).

A medida que la conversación continuaba, Jesús trató con cuidado el tema muy emocional de la diferencia de las formas de adoración entre judíos y samaritanos; y abordó de la manera más tierna posible la delicada situación de su vida social.

La mujer no era prostituta, de acuerdo con el registro de Juan. Había vivido con cinco hombres, pero eran "esposos", según Jesús (Juan 4: 17, 18). La historia de esa parte de su vida, cómo y cuándo esos esposos vinieron y se fueron, no la conocemos. Pero era claro para Jesús que todo había cobrado su precio, convirtiéndola en paria de la sociedad, puesto en evidencia (según algunos) por la hora solitaria del día en que vino a sacar agua del pozo.

Jesús, totalmente inmerso en la conversación con esta mujer necesitada, perdió toda noción del paso del tiempo y del hambre que había estado sintiendo previamente. Aquí mostró la intensidad con que se dedicaba al cumplimiento de su misión, como vimos en el capítulo anterior; pero también mostró un amor tierno y personal. Tocada por la clara compasión y amor del Salvador, la mujer deseó beber el agua que él había prometido darle, anheló la adoración espiritual que él había descrito, y le preguntó acerca del Mesías. Cuando el Mesías venga, le dijo a Jesús, imagino que con un destello de expectación en sus ojos, él nos declarará todas las cosas.

¡Aquello fue demasiado para Jesús! Rompiendo su acostumbrada reticencia a tratar el tema de su identidad, le dijo claramente: "Yo soy, el que habla contigo" (versículo 26).

---

[4] *Himnario Adventista*, N° 62

Cuando la mujer, abandonando su cántaro de agua a causa de la excitación que le había producido aquella asombrosa declaración, corrió hacia el pueblo; sus palabras dirigidas a sus vecinos hablan con elocuencia de la forma tierna y considerada con que Jesús la había tratado aquel día. Yo encuentro muy significativo que, de todas las cosas de las que Jesús le había hablado, las cosas que les mencionó a sus vecinos fueron las que más la habían avergonzado: "Venid, ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho. ¿No será este el Cristo?" (versículo 29).

¿Quién, sino Jesús, podría traer a colación los aspectos sórdidos de mi pasado, y sin embargo que en lo sucesivo yo no tuviera para él sino amor y adoración? ¿Quién puede hacer que los hechos oscuros de ayer se conviertan para mí en una ventana de esperanza para el futuro? ¿Quién puede amarme con tanta ternura y compasión? En Jesús tenemos un cuadro de amor indiscriminado, incondicional y escandaloso; amor por cada ser humano que conoció.

Amor por una nación rebelde

Cuando la marcha triunfal se aproximaba a Jerusalén, aquel domingo de la semana de la pasión, Jesús se detuvo en el Monte de los Olivos desde donde se ve la ciudad de Jerusalén, y expresó una triste lamentación por la calamidad que le sobrevendría a la ingrata ciudad: "¡Oh, si también tú conocieses, a lo menos en este tu día, lo que es para tu paz! [...]. Porque vendrán días sobre ti cuando tus enemigos te rodearán [...]. Y por todas partes te estrecharán, y te derribarán a tierra, y a tus hijos dentro de ti" (Lucas 19:41-44).

El lamento que aparece en Lucas se conecta con el que aparece en Mateo 23:33-36, y expone la ternura, el dolor del corazón, que subyace a aquel pronunciamiento de juicio inminente: "¡Jerusalén, Jerusalén! [...]. ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como la gallina junta sus polluelos debajo de las alas, y no quisiste!" (Mateo 23:37).

La historia de Absalón en el Antiguo Testamento (2 Samuel 13-15) expresa con mucha claridad el modelo humano del tierno amor de Dios por nosotros, sus hijos rebeldes. El relato presenta la tensión que se produjo entre el joven y su padre, el rey David; tensión provocada porque Absalón había asesinado a su hermano Amnón, quien había violado sexualmente a su hermana Tamar. La historia nos lleva a través del exilio autoimpuesto por Absalón; su retorno seguido por un ingenuo plan diseñado por el general en jefe del ejército de David; su reconciliación temporal con su padre; y, finalmente, su intento de golpe de estado. El registro describe la forma como David, por causa de la rebelión de su hijo, abandonó apresuradamente la capital, Jerusalén, acompañado por el

resto de la familia real. David estaba anonadado, devastado, sabiendo que quien ahora estaba procurando quitarle vida no era su celoso predecesor, sino su propio hijo.

Cuando comenzó la lucha, sin embargo, David les pidió a sus generales que protegieran la vida de Absalón y que no le hicieran ningún daño: "Tratad benignamente, por amor de mí, al joven Absalón" (2 Reyes 18:5). No obstante, Absalón fue muerto. Y dado el trauma que el joven príncipe había provocado a la nación y a su padre, lo que nos asombra es la reacción de David cuando recibió la noticia de la muerte de su hijo rebelde. "Entonces el rey se turbó", dice el texto, "y subió a la sala de la puerta, y lloró; y lloró, y yendo, decía así: ¡Hijo mío, Absalón, hijo mío, hijo mío, Absalón! ¡Quién me diera que muriera yo en lugar de ti, Absalón, hijo mío, hijo mío!" (2 Samuel 18:33).

Es un clamor que encuentra eco en el agonizante lamento de Jesús sobre Jerusalén, aquel histórico día: "Jerusalén, Jerusalén". No es extraño que la gente haya llamado a Jesús "Hijo de David". Lo escuchamos de labios del mendigo ciego, Bartimeo, fuera de la ciudad de Jericó (Mateo 10:47); y de la mujer cananea que vino a pedirle que sanara a su hija (Mateo 15:22). El clamor es: "Señor, hijo de David, ten misericordia de mí". Nunca "Jesús, hijo de Adán", o "Jesús, hijo de Abraham", o "Jesús, hijo de Elías". No, casi invariablemente era "Jesús, hijo de David" (véase Mateo 9:27; 20:30; Lucas 18:38), *y siempre en el contexto de la misericordia y la compasión.*

Cualquier otra cosa que diga, creo que habla especialmente de uno que ama, cuya tierna misericordia le recuerda a la gente la actitud de ternura y misericordia de David hacia un hijo indigno. Hasta podríamos especular en cuanto a lo que habría ocurrido si Absalón hubiera sido capturado vivo, cómo lo habría tratado su padre. Por supuesto, nunca lo sabremos con seguridad. Pero podemos inferir con bastante razón, basados en todos los otros detalles de la historia, que el corazón de aquel padre no lo hubiera amado menos.

En ese sentido se parece a Jesús, quien, sabiendo cuan malos éramos, sin embargo, decidió amarnos y aceptarnos. Esto me trae a la memoria una desgarradora historia que apareció en uno de mis periódicos locales en el otoño de 2006.

La historia comienza así: "Un chiquillo hablantín de nueve años llegó a la casa de Helen Briggs el día de San Valentín del año 2000. Ella era una madre que recibía niños asignados por el gobierno para cuidarlos y tenía muchos años de luchar con niños problemáticos, difíciles de amar. Pero llegó a amar a aquel niño. Ese mismo año le pidió a su esposo que lo adoptaran.

"Ahora, seis años más tarde, Helen y su esposo, James, están tomando el altamente insólito paso de deshacer legalmente la adopción".[5]

El problema comenzó para ellos en el año 2003, cuando el niño, entonces de 12 años, "molestó sexualmente a un niño de 6 años, y a una niña de 2 años, todavía en pañales".[6]

Cuando el problema llegó a los tribunales, los padres adoptivos descubrieron otros detalles perturbadores que los llevó a tomar la decisión de abandonar la custodia del niño. Entre otras cosas, el niño había sido abusado sexualmente por sus padres biológicos, alcohólicos y drogadictos, dañando su cerebro y afectando su capacidad para medir el paso del tiempo; había sido hospitalizado siete veces en instituciones psiquiátricas, y era psicóticamente bipolar; había amenazado con quitarse la vida, y había estado escuchando voces extrañas.[7]

En suma, aquellos padres adoptivos descubrieron que tenían un producto dañado en sus manos: "Usted no quiere tirar a nadie a la basura", dijo la madre adoptiva, "pero algunas veces tiene que hacerlo".

Aquella pareja no sabía en lo que se estaba metiendo cuando adoptó al niño, y cualquier persona razonable comprendería la crisis en que se encontraba. Pero cuando Dios nos escogió, sabía perfectamente cuan malos éramos, sin embargo, nos eligió de todos modos. Ponerse en contacto con el tierno amor de Jesús es comprender que nunca seremos abandonados.

"Amor que no me dejarás, descansa mi alma siempre en ti, Es tuya y tú la guardarás, y en tu regazo acogedor, La paz encontrará" (himno 107, *Himnario adventista).*

Amor profundo y personal

Cuando trabajé en Canadá como pastor, dos grandes nombres dominaban las noticias: Pierre Burton y Charles Templeton. Templeton, una vez asociado de Billy Graham, había abandonado la iglesia, se había convertido en un ateo declarado y un amargo crítico de la religión. En su libro, *The Case for Faith,* el escritor evangélico Lee Strobel refiere la reunión que sostuvo con Templeton en su apartamento de Toronto.

En el curso de la conversación, Strobel le preguntó a Templeton qué pensaba de Jesús. Y aquí está una parte de lo que siguió, tal como lo cuenta Strobel. Para mí

---

[5] Brigid Schulte, "[Virginia] *Parents Trying to Unadopt Troubled Boy*" Washington Post, 9 de octubre de 2006, p. Al.
[6] *Ibíd*
[7] *Ibíd*., pp. A1, A11

demuestra el duradero poder del tierno amor de Cristo, poder que nos toca en lo más íntimo de nuestro corazón, aunque pensemos que lo hemos desechado completamente.

"El lenguaje del cuerpo de Templeton se suavizó, como si repentinamente se sintiera relajado y cómodo al hablar de un viejo y querido amigo.

—Él fue —comenzó a decir Templeton— el mayor ser humano que jamás ha existido...

—Sus palabras suenan como si realmente se interesara mucho en él —le dijo Strobel.

—Bueno, sí —respondió Templeton—, él es lo más importante en mi vida... Yo... yo... yo... —titubeó, buscando las palabras apropiadas—, sé que puede sonar extraño —dijo finalmente—, pero tengo que decirlo... Yo *lo adoro.*

Strobel no sabía cómo responder.

—Usted lo dice con cierta emoción— le dijo a Templeton.

—Bueno, sí —respondió Templeton—. Todo lo bueno que conozco, todo lo decente que conozco, todo lo puro que conozco, lo aprendí de Jesús.

"Abruptamente Templeton cortó sus pensamientos. Hubo una breve pausa, casi como si no estuviera seguro si debía continuar, o no.

—Este... pero... no —dijo lentamente—, él es el más... —Se detuvo, luego comenzó de nuevo—. Según mi punto de vista —declaró—, él es el ser humano más importante que existió jamás.

Fue entonces cuando Templeton continuó diciendo algo que Strobel nunca había esperado que dijera:

—Y, si yo lo pudiera decir de esta manera —dijo, mientras su voz comenzaba a quebrarse—, yo... lo... echo de menos". [8]

En aquella última reacción siento un clamor universal, el clamor por un amor que es mayor que nosotros mismos, un amor que trasciende nuestra rebelión y nuestro extrañamiento, un amor que es estable, inconmovible, incondicional. El amor que encontramos en Jesús es todo eso. Es el amor más tierno que el corazón humano conocerá jamás.

---

[8] Lee Strobel, *The Casefor Faith: A Journalist Investígales the Toughest Objections to Christianity* (Grand Rapids, Michigan: Zondervan, 2000), pp. 17, 18.